

CAPÍTULO DIEZ

Donibane Lohizune

Sentados frente a unas cervezas, en una de las veinte mesas que "Le Majestic" tenía en la plaza, Leandro puso a Urtzi al tanto de todo lo sucedido. A punto de pedir otra ronda —en otros tiempos ya se habría pasado al *gin tonic*—, Leandro se contuvo con esfuerzo y pidió un café.

Urtzi, a su vez, facilitó a Leandro los datos para una cita secreta en Londres con alguien cercano al círculo de los mediadores internacionales del conflicto. Al parecer, estaban dispuestos a aclararle bastante el asunto con una información muy jugosa. Leandro se maravilló de los contactos de su amigo. A pesar de no ejercer el periodismo desde hacía tiempo, era evidente que su *agenda* no había perdido vigencia.

En la plaza los niños correteaban, concurrida como siempre de familias de turistas franceses y españoles. Era un lugar apacible, sin coches, con un kiosco de música ocupando el centro y rodeado de pintores que vendían sus cuadros a los visitantes. Un viejo artista bohemio, que

parecía *teletransportado* desde la *nouvelle vague*, cargaba una pipa con tedio, mientras unos turistas contemplaban sus excelentes *marinas*. A solo unos metros, una chica teñida de rubio y con rasgos asiáticos pintaba escenas costumbristas navarras, con encierros de toros y mozos vestidos de blanco con pañuelos rojos al cuello. Nadie se paraba ante sus lienzos, a pesar de que estos tenían cierta calidad, pero ella parecía acostumbrada a convivir con la indiferencia de los turistas. Tenía la piel luminosa, sin una sola arruga, los ojos rasgados de un negro intenso, y un cuerpo felino y atlético que movía con elegancia. Terminó de limpiar cuidadosamente el pincel que había estado usando, apartó una gabardina que mantenía cuidadosamente doblada sobre una silla plegable y cogió un subfusil Star Z-70b. Se puso en pie con el arma en bandolera y cruzó decidida la plaza en dirección a Leandro y Urtzi. Este fue el primero en verla venir y tiró del brazo de Leandro hacia abajo, al tiempo que las balas comenzaron a silbar a su alrededor e impactaron sobre la fachada y las mesas circundantes. Los dos veladores contiguos no estaban ocupados, pero Leandro pudo oír el estropicio causado por la caída de un camarero, con una bandeja llena de pintas de cerveza, sobre uno de ellos. Leandro era incapaz de identificar de dónde provenían los disparos hasta que sus ojos se cruzaron con los de la rubia asiática, que no estaría a más de veinte pasos. Con una mirada fría e inexpresiva, no dejaba de apretar el gatillo, al tiempo que saltaba sobre un paseante que se había arrojado al suelo. Por un momento, el arma dejó de escupir fuego, encasquillándose. Urtzi había tirado la mesa hacia delante para protegerse y tanto él como Leandro se encontraban arropados por el minúsculo círculo metálico. Urtzi, semiagachado, intentó escabullirse

tirando de la manga de la cazadora negra de Leandro e indicándole una vía de salida hacia el lado de la plaza que llevaba al puerto. A Leandro le espantó la mirada de odio que la chica le regaló mientras luchaba contra el mecanismo averiado del arma. En su huida, se chocaron con algunos paseantes y ambos giraron por una de las calles estrechas que conducen a la playa. De pronto, Urtzi aminoró la marcha y Leandro lo interpretó como un intento de pasar desapercibido; pero de golpe se desplomó, con la mano aferrada a su brazo. Leandro se agachó y vio cómo el rostro se volvía del color de la ceniza y los ojos le miraban suplicantes, con enorme fijeza, mientras repetía un nombre que Leandro no acertaba a entender:

-Dom..mn..ique.

Al cabo de unos segundos, los párpados se le cerraron y comenzó a hablar en euskera, sin que Leandro pudiera entender el significado de sus palabras. Oyó sirenas de policía, al tiempo que sintió cómo el peso de la cabeza de Urtzi aumentaba sobre su mano hasta quedar completamente abatida.

Se puso en pié desconcertado, apoyó con delicadeza la cabeza de su amigo sobre el asfalto y, ante la mirada atónita de los paseantes, salió corriendo por entre los abundantes veladores en la estrecha calle plagada de restaurantes. De uno de ellos, salió un camarero interrumpiéndole el paso.

—¡Sígame, deprisa!

Lo primero que Leandro pensó es que podía tratarse de un policía o, peor, de un cómplice de la mujer que les había atacado; pero bastó su mirada franca y el tono de su voz para que Leandro tomara la decisión de confiar en él.

Entraron precipitadamente en un restaurante argelino, mientras un coche de la gendarmería se encaminaba hacia la plaza. A Leandro le aterrorizaba pensar que la asesina aún estuviera tras sus pasos. Atravesaron el salón, con todas las mesas llenas, y llegaron hasta la pequeña cocina, donde un joven de aspecto árabe, con delantal de cocinero y una cuchara de madera en la mano, les indicó la salida a la calle de atrás. En el exterior, encontraron la puerta abierta de una furgoneta de reparto Peugeot *Expert* de color blanco, con el motor arrancado. Sobraron las palabras: Leandro se encaramó de un salto y el camarero cerró la puerta. El vehículo arrancó, consiguiendo salir del puerto de San Juan de Luz justo cuando los gendarmes parecían querer cortar la calle principal. Atravesaron una glorieta en la que se cruzaron con una ambulancia y enfilaron la carretera hacia *Hendaia*. A menos de cien metros, nada más cruzar el puente sobre el río *Nivelle*, la furgoneta se paró y alguien entró en ella, sentándose al lado del publicitario. Leandro enseguida reconoció a Egoitz, su secuestrador, al que increpó nada más entrar:

—¿Qué coño habéis hecho?

—Quitarte de en medio en el momento preciso.

—Pero esa joven asiática... la rubia, Dominique.

—¿Dominique qué más? —preguntó sorprendido Egoitz.

—¡Y yo que sé! Fueron las últimas palabras de Urtzi ; es él quien conoce todas vuestras andanzas.

—¿Asiática? ¿Con una peluca rubia? No puede ser...

Egoitz hablaba solo.

— Esa mujer daba escalofríos.

— Dominique Thomas es una vietnamita, nacida en Saigón... A esa loca, la ultraderecha se le queda a la

izquierda. Cinturón negro de kárate, buena tiradora y el resto de las cualidades que adornan a un asesino a sueldo.

La furgoneta giró bruscamente y Leandro, aferrado a cualquier saliente, notó que entraban en un camino bacheado. Egoitz cambió el apoyo de uno de sus pies para mantener el equilibrio: ni siquiera utilizaba los brazos para sujetarse. Y continuó:

—Los españoles la bautizaron como *la Dama Negra*, nosotros la llamabamos *la Rubia*, y la policía francesa *la Tueuse Blonde*. Sus primeras víctimas fueron Gotzon Zabaleta y Iosu Amantes, dos refugiados vascos que tomaban un vino en el bar Lagunekin. Entró en el local y les disparó con una *Winchester*. Nadie sospechó de ella hasta que se puso el pasamontañas. Afortunadamente solo los hirió de gravedad. Unos meses después, comenzó a usar su famosa peluca rubia y mató por primera vez. Con la ayuda de dos cómplices, atacó el bar Txiki, un conocido lugar de reunión de refugiados vascos. Iba provista de un arma automática y ametralló a todo bicho viviente. Murieron dos clientes que nada tenían que ver con la gresca. Dos semanas más tarde, el 26 de junio, a las once de la noche, otro refugiado vasco: Santos Blanco Gonzales, cayó en pleno centro de Baiona. Los policías encontraron en las proximidades el revólver y los casquillos y, más lejos, una granada y algunos efectos de *la Rubia*: un chándal, una peluca y un par de bailarinas del treinta y siete. Repitió la función dos veces más: en julio, de nuevo en el bar Bittor; y en agosto, en un inmueble de San Juan de Luz. Volvió a dejar la peluca, el arma y la ropa abandonados no lejos de allí. El personaje de *la Rubia* nos atormentaba, era un fantasma que ensombrecía el ambiente de la hora del aperitivo en los bares de la Petit-Bayonne, nuestro barrio. No hemos vuelto a saber de ella.

La muy puta se benefició de un sobreseimiento parcial, unos meses después de ser acusada, y desapareció del mapa.

—Pues esa chica hoy ha matado a mi amigo y casi me mata a mí.

—No ha podido ser ella.

—¿Cómo que no ha sido ella? Lo he visto con mis propios ojos.

—Quien quiera que sea se ha hecho pasar por ella para intentar asustarnos. Todo lo que te he contado sucedió en 1988. Dominique Thomas, entonces, tenía treinta y seis años. Hoy, tendría sesenta.

Un nuevo zarandeo casi tira a los dos de las bancadas laterales de la furgoneta, que se perdió sendero arriba, hacia lo más profundo de un bosque de robles.

Andoni, el que partió el dedo a Leandro, era quien la conducía; y, mirando por el retrovisor, anunció: “Los tenemos detrás. Pararé el coche junto a aquella huerta y os esconderéis en la *borda* de *Sare*. Yo tiraré camino arriba para que me sigan. No os preocupéis por mí, más arriba ellos no podrán subir si no es a pie”.